

## HISTORIA IMAGINARIA

Mientras escribía algunas de las páginas falsas de mis "Memorias", llamaron a la puerta de mi apartamento. El sonido del timbre era tenue. No respondí y seguí escribiendo. No volvieron a llamar.

Al día siguiente, a la misma hora, llamaron nuevamente y esta vez el tono del timbre era más fuerte y resuelto. Tampoco quise abrir.

Al otro día, a la misma hora, se repitieron los timbrazos, ahora violentos. Antes de que pudiera levantarme, sin saber explicarlo, vi que la puerta se abría. Avanzaba hacia mí un hombre bastante joven, con el rostro un poco encendido y la cabeza cubierta de cabellos negros y rizados. No pronunció ni una palabra. Nada más ver una silla, se sentó. Como yo había permanecido de pie, petrificado, él me indicó el sillón para que me sentara. Después de obedecerle me pareció tener el derecho de preguntarle quién era y le rogué, con un tono nada cortés, que me dijera su nombre y el motivo que lo había animado a invadir mi cuarto. El hombre no se desconcertó. Me hizo comprender bien pronto que deseaba seguir siendo lo que era hasta entonces para mí: un desconocido.

—El motivo que me trae a su casa —prosiguió sonriendo— está dentro de mi maletín y se lo haré conocer ahora mismo.

Advertí, en efecto, que traía en la mano un maletín de cuero marrón con cierre de latón. Lo abrió de golpe y sacó de él un libro.

—Este libro —dijo poniéndome ante las narices el grueso volumen encuadernado en tapas antiguas con adornos de letras góticas— contiene una historia imaginaria que yo he creado, inventado y compuesto. Sólo he escrito esta historia en toda mi vida, y me permito creer que no le desagradará. Hasta ahora le conocía únicamente por su fama. Hace apenas unos días, una mujer que le estima me ha contado que usted es uno de los pocos hombres que saben no aterrarse de sí mismo y el único, que ha tenido el coraje de aconsejar la muerte a muchos de nuestros semejantes. Por todo ello, he resuelto leerle esta historia mía, que narra la vida de un hombre fantástico al que acaecen las más singulares e insólitas peripecias. Cuando la haya escuchado, me dirá qué debo hacer. Si mi historia le agrada, me prometerá hacerme célebre en el plazo de un año; si no le gusta, me suicidaré inmediatamente. No pido más. Dígame si acepta las condiciones para que pueda empezar.

Comprendí que no podía hacer otra cosa que persistir en la conducta pasiva que

había mantenido hasta entonces y le anuncié, con un gesto amable, que estaba dispuesto a escucharle y a cumplir todo lo que me pedía.

El hombre empezó la lectura. Las primeras palabras me engancharon. Agucé el oído. Me levanté del sillón y comencé a pasear por el apartamento. Él, detuvo su lectura y me siguió con la mirada.

– Continúe, se lo ruego.

La extraordinaria lectura prosiguió. Yo, seguía paseando por el apartamento, no podía quedarme quieto; estaba asombrado, perplejo.

Al fin concluyó la lectura.

Después me miró con ansiedad, pero sus ojos ya no eran tan ávidos como antes. Mi estado de ánimo y mi expresión eran tan desconcertantes, que él mismo lo advirtió y su asombro creció enormemente cuando vio que me frotaba un ojo y no sabía qué responderle. La razón de mi desconcierto era la siguiente: la historia que había leído ese hombre era la narración precisa y completa de toda mi vida íntima y exterior. En ese tiempo de lectura yo había oído la crónica minuciosa, fiel, inexorable de todo cuanto había sentido, soñado y realizado desde que vine al mundo. Todas las cosas más pequeñas y secretas estaban registradas, y ni siquiera un sueño, o un amor, o una vileza escondida o un pensamiento innoble habían escapado al escritor de cabello negro rizado. El terrible libro contenía inclusive hechos y matices de pensamiento que yo mismo había olvidado y que solamente ahora, al oírlos, recordaba. Mi confusión, mi pavor, provenían de esa exactitud impecable y de esa inquietante escrupulosidad. Yo no había visto jamás a ese hombre; ese hombre afirmaba no conocerme. Ni yo mismo hubiera escrito, ni para mí ni para los demás, aquello que había oído, y justamente cuando estaba escribiendo mis “Memorias”.

¿Quién, pues, podía haber dicho a ese hombre todo lo que narraba sin pudor y sin piedad en su libro encuadernado en tapas antiguas? –Me pregunté– ¿Quién podría escribir toda mi vida como una historia imaginaria? –Volví a preguntarme.

Me sentí conmovido, abochornado, desconcertado, pero de una cosa estaba bien seguro: dicha historia no debía llegar al público. Antes, debería decirle que la historia no era lo suficientemente buena como para ser publicada; le estaba condenando a su propia muerte.

Pasados unos minutos conseguí hablar:

–Perdone, señor –le dije–, pero, ¿me asegura que esa historia ha sido inventada

exclusivamente por usted?

—Justamente —respondió el enigmático lector—, todo es inventado por mí.

Estas palabras me inquietaron aún más, pero atiné a formular otra pregunta:

—Dígame, se lo ruego, ¿está seguro de no haberme conocido antes de hoy? ¿Jamás oyó contar mi vida a alguien que me conozca?

Ante esas palabras, el desconocido no pudo disimular una sonrisa de estupor.

—Ya le he dicho —respondió— que hasta hace poco tiempo sólo conocía su nombre y que sólo algunos días atrás me han dicho que usted suele aconsejar la muerte.

—¿Está dispuesto —le pregunté con severidad— a cumplir las condiciones estipuladas por usted mismo al comenzar la lectura?

—Sin ninguna vacilación —respondió con un leve temblor en la voz—. No me queda otra puerta adonde llamar, y esta obra es toda mi vida. Estoy convencido de que no podría hacer otra cosa.

—Entonces —le dije con solemnidad—, debo decirle que su historia es estúpida, tediosa, incoherente y abominable. Lo que usted llama “historia” no es más que una odiosa narración que repugnaría a cualquier lector delicado. Y no le diré más para no ser excesivamente cruel.

Comprendí que el hombre no esperaba estas palabras y observé con espanto que sus ojos se cerraban de golpe. Más en seguida advertí que el dominio de sí mismo era igual a su honestidad. Tornó a abrir los ojos y me miró sin miedo y sin odio.

—¿Quiere acompañarme? —preguntó con voz demasiado dulce para ser natural.

Salimos del apartamento y nos dirigimos hacia la muralla de la ciudad; después de mirar en torno y comprobar que no había nadie con aspecto de salvador, se volvió hacia mí, diciendo:

—Perdone si mi lectura lo ha fatigado. Creo que ya nunca volveré a molestar a un ser viviente. Olvídese de mí lo antes posible.

Y en verdad éstas fueron sus postreras palabras, porque se lanzó con rápido impulso al vacío, sin abandonar su maletín. Me asomé para verlo por última vez.

Apenas entré en mi cuarto me tendí en la cama y me adormecí, abatido por lo inexplicable.

Esta mañana me he despertado muy tarde y con una extraña impresión. Me parece

estar ya muerto y aguardar solamente que vengan a sepultarme. Siento que pertenezco a otro mundo y que todo lo que me envuelve y rodea tiene un aire indecible de cosa pasada, concluida, sin ningún interés para mí.

Un repartidor me ha traído flores y le he dicho que podía esperar a ponerlas sobre mi tumba. Me pareció que sonreía, pero los hombres siempre sonríen cuando no comprenden algo.

NOTA FINAL: el ramo de flores contenía una tarjeta que mencionaba:

“Mis verdaderas Memorias”

Firmado: *Tu Alter Ego*

***F.J.M.P***